

CARLOS SISI



MINOTAURO

BAJO LA TIERRA, UN ANTIGUO SECRETO DESPIERTA



ILUSTRADO POR TOMÁS HIJO

minotauro

CARLOS SISÍ

NIGROMANTE

BAJO LA TIERRA, UN ANTIGUO SECRETO DESPIERTA

ILUSTRADO POR TOMÁS HIJO

minotauro

ASAMBLEA DE HOMBRES



I

Miles Steur miraba hacia el enorme roble con los ojos entornados; en su rostro acechaban un sinfín de líneas que, alejándose y aproximándose sobre la piel, se cruzaban de forma aleatoria formando un laberinto de esquinas y precipicios. Su expresión, por esto, era dura y lejana. Las musculosas piernas, como talladas en barro ancestral, se asentaban en el suelo por debajo del faldón, y las manos grandes y transitadas por incontables cicatrices resacas se acomodaban en las caderas, por encima del chaleco forrado de piel de conejo.

Era alto, mucho más de lo que solían ser los hombres; su elevada estatura ondeaba como un estandarte que gritara, a quien se cruzase en su camino, que Miles pertenecía a tierras y familias lejanas, y aunque nadie en Entrerríos conocía su verdadera edad (y ninguna medida de alcohol había podido nunca sonsacársela), todos creían, erróneamente por cierto, que había vivido más, mucho más, que los ancianos. El chaleco que llevaba parecía al menos casi tan viejo como él, y sus costuras, mil veces remendadas, estaban tan gastadas como las piedras de los caminos. Su cabello era una desgredada mata de pelo largo y rubio que se desparramaba, confuso, a ambos lados de la cabeza cayendo sobre los hombros como raíces en el desierto. Limpio, respondía a la luz del sol con destellos auríferos, pero ahora tenía el color desvaído del maíz viejo. La poblada barba tan solo dejaba al descubierto unos minúsculos y hundidos ojos grises, fríos como el hielo de los inviernos más duros, que coronaban una nariz afilada. Cuando valoraba algo,

solía mecerse de manera automática hacia uno u otro lado, como si el discreto vaivén consiguiera cimentar de manera incuestionable la raíz de su juicio.

—Hay que hacerlo —anunció al fin.

Wáriner Venorian, que recibía su apellido en honor a la pequeña ciudad costera en la que su madre lo engendró, cruzó los brazos sobre el pecho y dejó escapar un leve bufido.

—Es mucho trabajo —respondió como para sí.

Sin embargo, el comentario era un puro formalismo que sonó, a oídos del propio Wáriner, vacío e insignificante. Una apenas perceptible sonrisa modificó el dibujo de sus labios; lo sabía: daba igual cuánto trabajo supusiera, e incluso la opinión del resto de los habitantes de Entrerríos o de la Asamblea al completo: si Miles decía que había que hacerlo, se haría. Y la razón caería de su lado como tantas otras veces.

Aquel roble era antiguo. Estaba allí mucho antes de que los padres fundadores instalaran las primeras cabañas, construidas con tepes y rocas. El tronco, de una madera oscura y recia, tenía un grosor notablemente superior al de los árboles de la misma especie que se podían ver en la zona; las ramas, cuarteadas por abundantes fisuras, se elevaban hasta una frondosa copa bajo la que todos los habitantes de la comarca sin excepción se habían detenido en innumerables ocasiones, cuando regresaban del Llano, a disfrutar de la sombra perpetua que propiciaba. Tan solo en las lindes del bosque de la Azada, varias cuadernas al sur, se podían encontrar algunos ejemplares similares.

Era un árbol magnífico y un símbolo para Entrerríos, por lo que pensar en desarraigarlo de la tierra que le había dado su ser rozaba la blasfemia. Sin embargo, hacerlo les ahorraría tiempo y esfuerzo al no tener que dar un rodeo colina arriba con los carros para volver a bajar, varios metros más allá, cada vez que necesitaran tomar el camino del cerro. Era una decisión práctica y ventajosa para todos.

—La madera hará buenas herramientas —prosiguió Miles, pensativo—, y el resto nos vendrá bien para alimentar los hogares en el invierno. Arderá durante mucho tiempo. Este año será duro.

Wáriner asintió. Todo en el ambiente vociferaba los peores augurios: el viento soplaba implacable desde el norte y los escasos pájaros que aún anidaban en la zona habían iniciado una migración temprana y apresurada. Se los podía observar, día tras día, surcar el cielo entre graznidos como sonoras advertencias cuyos ecos se perdían en los lími-

tes del horizonte. El verano había sido corto, y la cosecha, a pesar de la rotación trienal, otra vez peor que la anterior. Siempre peor que la anterior, en un ciclo maldito que estaba minando la resistencia de todo el mundo. Los nabos eran esmirriados y tenían un sabor insípido, las lentejas, judías y garbanzos eran duros como los guijarros y apenas daban para sopas aderezadas con venado cuando podían dar con uno. El resto del tiempo tenían que contentarse con guisos espesos de cebada y, cuando el hambre apretaba, pescado sacado del río; algo que por lo general se reservaba para los débiles y los enfermos.

—Me vendrá bien una reja para el arado —dijo Wáriner, pasándose una mano por la barba—. Con una madera así no creo que haya que endurecerla con fuego.

—Ya veremos —respondió Miles dándose la vuelta para emprender el camino de regreso—. Esta noche lo comentaremos en la Asamblea. Trataremos de sacarlo mañana.

Wáriner se quedó mirando el roble durante unos segundos todavía. ¿No había sido allí mismo donde había besado a su mujer por primera vez durante una de las celebraciones de primavera? Le parecía que sí. Recordaba que él iba masticando un poco de carne ahumada en salazón mientras la perseguía con los ojos encendidos por la lujuria de la juventud. ¡Carne! Por aquel entonces la caza era todavía abundante, y hasta le parecía recordar que mientras él introducía una mano por debajo de las túnicas superpuestas de ella, sintiendo que su corazón se desbocaba y el bajo vientre le ardía en furiosos ramalazos de deseo carnal, pudo oír los movimientos furtivos de un par de conejos que pasaban junto al camino. Ese tipo de cosas habían desaparecido de los alrededores de la aldea.

Sí, el roble era una especie de símbolo de tiempos mejores, aunque nunca hubiera sido consciente de ello.

II

Las familias en Entrerríos hacían las comidas todas juntas, en especial los Boeke, Steur, Venorian y los Gaard, que rara vez se perdían una. La familia Hylas y los rudos y numerosos Augia del borde septentrional rara vez acudían a tales reuniones, a menos que las cosas les fueran muy mal; entonces aparecían ceñudos portando, sobre todo, leña para

el fuego, carbón, o cerveza de malta de cebada, lúpulo y levadura. Era, al fin y al cabo, una manera tan buena como cualquier otra de ahorrar valiosos recursos.

Esa noche, casi todas las familias estaban presentes, incluso los Garran, a los que nunca se los había visto por allí. Cuando Miles los vio aparecer, supo que tras la cena se solicitaría Asamblea, y sabía muy bien cuál sería el motivo.

Sacudió la cabeza y se sentó a la mesa entre los hombres.

—El olor ha vuelto, Miles —dijo Arran Augia tan pronto como aquel tuvo su plato delante. Los otros se miraron; hacía tiempo que habían acordado que no se hablaría de ningún asunto relevante durante la comida, pero nadie dijo nada. Arran era el patriarca de la familia y conocía demasiado bien las normas como para hacerle una indicación tan obvia.

Miles sacudió la cabeza, incómodo.

—No hemos tenido mal olor por aquí, Arran —exclamó.

—Es espantoso allí donde vivimos —aseguró el patriarca de la familia de los Augia.

—El otro día me pareció olerlo cerca del río, en el recodo de la Roca del Zorro —exclamó uno de los jóvenes.

—Ahí lo tienes —dijo Arran, golpeando la mesa con su cucharón de madera.

—¿No puedes esperar a la Asamblea? —preguntó Miles—. Estamos comiendo, y no es momento.

—La última vez hablamos de cosas poco importantes, ¿me parece! —repuso Arran alzando la voz—. Y queremos aclarar este punto. Nuestra familia quiere terminar con el problema, ¡o solicitaremos una ordenación de las tierras!

El comentario hizo que todos comenzaran a hablar de forma atropellada, visiblemente enardecidos. Los comensales en el resto de las mesas, incluso la de las mujeres y los niños, se volvieron para mirar qué ocurría; algunos incluso se levantaron de sus asientos.

Miles se puso en pie y extendió los brazos hacia el frente mientras bramaba pidiendo silencio. Después de solo unos instantes comenzaron a calmarse.

—¡No habrá ordenación de tierras! —exclamó el viejo Acelin, de la familia de los Gaard.

—¡Basta tú también, viejo! —chilló Miles, airado.

Los hombres volvieron a sus platos de sopa; hundían las cucharas en ella y devoraban ceñudos, intercambiando miradas preñadas de susceptibilidad. Miles, sin embargo, tardó todavía unos momentos en sentarse en su asiento.

—¡No habrá discusiones durante la comida! —exclamó entonces, iracundo—. ¡No delante de las mujeres y los niños! ¡Así es la Ley!

Arran no daba cuenta de su sopa; permanecía inmóvil con el cucharón cogido con fuerza en el puño cerrado, a modo de arma. Sus rasgos duros parecían aún más acusados que de costumbre por la rabia que lo recorría. Miles le dedicó una mirada severa.

—¡Y tú, Arran Augia, a ti te digo —continuó diciendo, en alto un dedo acusador— que serás amonestado por alterar el orden durante la comida! ¡Tres docenas de huevos deberás entregar al almacén común, y una hogaza!

Arran se levantó furioso, los dientes expuestos como los de un animal.

—¡No una, sino tres hogazas te meteré en el pecho abierto si te pongo la mano encima, Miles Steur! —gritó—. ¡Esa es mi respuesta!

Volvieron a enzarzarse en una colérica discusión. Aunque la mayoría increpaban a Arran por su comentario y defendían su derecho a una cena tranquila, unos cuantos parecían estar de acuerdo con su petición (en especial los Hylas) y se agarraban de la ropa y se zarandeaban, con las miradas aviesas y los dientes expuestos; el salón se llenó de voces graves, tronando como si se germinase el preludio de una guerra. Uno de los platos de sopa terminó volcándose sobre la mesa, provocando aullidos de ira de cuantos lo vieron caer: echar a perder la comida era algo que escapaba de toda justificación.

—¡Asamblea! —gritaban unos y otros, golpeando los cuencos de agua y los cucharones contra la mesa—. ¡Asamblea!

Miles miraba alrededor. Las mujeres se habían retirado a una esquina y se las habían arreglado para llevarse consigo sus cuencos de sopa. Una de ellas había arrastrado uno de los largos candeleros donde sustentaban los rudimentarios candiles que alimentaban con aceite de cáñamo, temiendo quizá que una de las embestidas pudiera tirarlos por el suelo y hacer que prendiera la madera. Los niños se agarraban a sus vestidos, las cabezas escondidas entre las telas parcheadas de retales. Los cuencos, sacudidos por el ímpetu de la discusión, temblaban sobre las mesas, salpicando sopa. Miles no

recordaba una situación así desde hacía mucho, muchísimo tiempo, y se decidió a poner orden de la única manera que sabía: se subió sobre su asiento, un burdo taburete hecho de madera que el tiempo había pulido hasta dejarlo suave, e inspiró a conciencia. Su porte era poderoso; su altura y envergadura le proporcionaban una presencia difícil de ignorar, y vestido de todo ello se alzó y gritó. Una sola vez.

—¡BASTA!

Su voz se extendió por el salón con la contundencia de un trueno, y todo el mundo se congeló en su sitio, agarrados unos a otros. Los niños se apresuraron a arrebujarse detrás de las mujeres, y los más pequeños arrancaron a llorar. Durante unos instantes, ese fue el único sonido que se oyó en toda la sala. Con los líderes de las distintas familias inmóviles y expectantes, el llanto infantil confirió a la escena una cualidad aterradora.

Miles les prodigó miradas severas antes de continuar.

—La cena ha acabado —dijo—. Menos para las mujeres y los niños, que tienen permiso para llevarse el alimento y terminarlo en sus casas. Nosotros celebraremos Asamblea, y se celebrará como siempre ha sido: en orden. Las familias más antiguas hablarán primero. Y tú, Arran Augia, aguardarás tu turno.

Nadie dijo nada. Las mujeres, con la cabeza gacha, comenzaron a hacer salir a los niños. Se retiró la sopa y se recogieron los cuencos, pero no se lavaron y secaron al amor del hogar como de costumbre; se amontonaron en las estanterías entre cuchicheos velados.

Cuando las mujeres hubieron salido, los varones tomaron los taburetes y se distribuyeron en círculo en el centro de la estancia. Los candeleros fueron aproximados y las sombras cayeron con rapidez sobre las esquinas de la diáfana sala. En el hogar, el fuego ardía silencioso. Fuera, la noche avanzaba con rapidez, pero en el bosque el silencio resultaba casi sobrenatural; hacía demasiado tiempo que la población animal había ido desapareciendo de forma paulatina.

Miles se colocó en el interior del círculo; su cabello parecía dorado a la luz de las llamas.

—Tiene la palabra Acelin Gaard —dijo, ahora en un tono de voz mucho más calmado.

—¡Cedo mi turno de palabra a la familia de los Augia! —exclamó este.

Eso hizo que un murmullo recorriera el círculo de hombres. Tales cosas distaban mucho de ser habituales; el turno de palabra se aprovechaba, casi siempre, con esmero.

—Está bien —asintió Miles—. Estás en tu derecho.

Arran Augia se puso en pie y avanzó hacia el centro, hasta situarse al lado de Miles. Antes de hablar, como era costumbre, giró sobre sus pies para ofrecer su rostro ante el resto de los hombres. Algunos, también como era habitual, asintieron en silencio; reconocían así su derecho a hablar.

—¡El mal olor ha vuelto! —dijo entonces—. Al Norte, donde vivimos los Augia, el aire es casi irrespirable. Nuestros animales enferman, la cosecha no produce ni la mitad de la mitad de lo que obtuvimos en años anteriores, y aún esa cantidad es la mitad de lo que obteníamos en los buenos tiempos. ¿Quién recuerda ya los buenos tiempos?

—¡Yo no, por cierto! —exclamó Acelin.

—¡Ni yo! —añadió alguien más.

—La situación es grave —continuó diciendo el cabeza visible de los Augia—. Y lo que es grave ahora en el Norte lo será pronto aquí, en el Llano, eso os lo aseguro.

—¡Así es! —soltó uno de los Boeke.

—¡Tienes razón! —se apresuró a decir Acelin.

—Y ocurren otras cosas —continuó Arran entonces—. Los animales están marchándose o se han marchado ya. Ya no hay cabras en las cañadas, ni castores en el río. No hay ardillas saltando de árbol en árbol, ni zorros en el bosque. Ni siquiera las truchas habitan el río, solo esos peces pequeños que tienen la piel roja y amargan. ¡Ni siquiera creo que sean buenos para nuestros enfermos!

—¡Y los osos pardos de las montañas! —gritó el gordo Tamblor Hylascon su retumbante voz grave.

—¡Y los venados y los jabalíes!

Miles levantó las manos para rogar moderación mientras Arran asentía, ceñudo pero satisfecho de encontrar apoyo en la sala.

—La cuestión es —siguió Arran—: ¿Cuándo haremos algo para averiguar qué ocurre? ¿Hasta dónde hemos de llegar? Mi hijo Centrix lleva enfermo tres lunas completas. Tose por la noche y su pecho sueña como un nido de serpientes. Su piel es amarilla y rugosa como un odre. ¡Y yo digo que es el mal olor!

—¡Tu hijo siempre fue débil! —exclamó una voz.

—¡Centrix tiene el cuerpo de una mujer menuda! —proclamó alguien desde el lado donde se sentaban los Venorian.

Arran apretó los puños.

—Es posible que sea así —bramó enfadado—, ¡pero siempre ha contado con buena salud!

—¡Es el olor, sin duda! —lo secundó Acelin—. ¡Yo también lo noto!

—¡El viejo Acelin orina sangre! —exclamó Tamblor, elevando la voz por encima del murmullo general de la sala. Varios hombres rieron a la vez.

—¡Orden! —exclamó Miles—. ¡Orden a mi voz de mando!

Casi de inmediato, el silencio volvió a caer sobre el salón.

—Mucho se ha hablado sobre el olor —añadió Miles—. Y hasta hemos hecho un par de cosas al respecto, o al menos se han intentado, pero sin resultado. Hasta ahora nada hemos podido averiguar. ¡Nada, en verdad! ¿Qué pretendes ahora de la Asamblea, pues? ¡A ti te pregunto, Arran Augia!

Este se volvió de nuevo para mirar a los hombres. Podía notar sus miradas inquisitivas y expectantes clavadas en él, y supo que todas las familias, sin excepción, estaban deseando que alguien les ofreciera un pequeño atisbo de esperanza, una idea. Algo.

—Creo que sé de dónde viene el olor —dijo entonces, hablando con cierta solemnidad.

El comentario arrancó un nuevo murmullo de voces superpuestas que se alzó en el silencio como el sonido de un enjambre de insectos acercándose. Miles no pidió orden; él mismo estaba demasiado sorprendido como para decir nada.

—¡Habla pues! —exclamó al fin, alzando la voz para hacerse oír.

Arran asintió; una pequeña sonrisa curvaba sus labios apretados.

—¡Yo digo que el olor viene de la Entraña! —proclamó.

Los hombres se quedaron callados por unos instantes, tan sorprendidos como asustados. ¡La Entraña! No se hablaba de la Entraña, no se pronunciaba su nombre. No se refería uno a ella como no fuera entre susurros y bajo la luz brillante del sol, allí donde la naturaleza, que era sinónimo de vida, exhibía sus mejores galas. La sola palabra se consideraba ominosa; la Entraña representaba la noche, la oscuridad, lo desconocido.

Miles fue el primero en reaccionar.

—¡Calla, imprudente! —exclamó furioso. Se acercó a él con los dientes apretados y los ojos hundidos revelando una rabia contenida. Durante unos interminables segundos, las miradas de los dos hombres se sostuvieron, encontradas.

—¡Pero tiene razón! —exclamó Acelin.

—¡Es posible! —añadió alguien más.

Miles se volvió hacia Acelin, todavía investido de la cólera que acababa de invadirlo. Había levantado los puños cerrados como si fuera a saltar sobre él y descargar una lluvia de golpes, pero en lugar de eso, apretó los dientes hasta que su piel adquirió la tonalidad de un pimiento y luego gritó con voz de trueno:

—¡No son cosas para tratar en un salón lleno de sombras oscuras en mitad de la noche!

El gordo Tamblor de los Gaard se incorporó de su asiento y bramó a su vez:

—¡Quizá por eso nos va tan mal, Miles Steur!

Por lo general, semejantes respuestas habrían provocado que toda la sala se abandonara a un nuevo intercambio de gritos y zarandeos; sin embargo, el corazón de la mayoría de los hombres estaba aún ensombrecido por la mención de la Entraña, y casi ninguno se atrevió a mover ni un solo músculo del cuerpo.

Ninguno, excepto el jovencísimo Baladar Steur y su compañero Maradian, de la familia de los Boeke, que por aquel entonces contaba con tan solo nueve inviernos. Ambos eran aún demasiado jóvenes para poder participar en una Asamblea, desde luego, pero cuando los niños fueron obligados a retirarse se las arreglaron para escabullirse entre las faldas de las mujeres y regresar a la sala. Estaban escondidos debajo de una de las pesadas mesas de madera, en uno de los laterales de la habitación. Estaban allí porque si algo había heredado el joven Baladar de su abuela era su poderosa intuición, y esta le había susurrado que aquella noche sería importante. Especial, incluso. Maradian, por su parte, hacía todo lo que Baladar sugería, sin importarle las consecuencias, o el riesgo que comportase, y cuando este se volvió hacia él con los ojos brillantes y febriles de emoción anunciándole su intención de colarse en la Asamblea, Maradian asintió lleno de entusiasmo y se dejó llevar, movido además por la esperanza secreta de poder sustraer alguna porción de carne extra, o quizá una medida de cerveza que los hombres tomaban en las ocasiones especiales.

—La Entraña... —susurró Baladar mientras un escalofrío de entusiasmo le recorría el espinazo.

—¿Qué han dicho? —susurró Maradian.

—¡Ssssh! —lo hizo callar su amigo. Era mayor que Maradian, apenas cuatro años, pero aparentaba mucho más, mucho más alto que el resto de los muchachos de su edad. Tenía, después de todo, la sangre de los Boeke corriendo por sus venas, y sus brazos empezaban a dejarse trenzar por músculos incipientes.

—¿Qué es la Entraña? —volvió a preguntar Maradian. Estaba tan nervioso como expectante; habían contravenido las normas de la aldea en más de una ocasión, pero aquella era la primera vez que se ocultaba junto con su amigo en una Asamblea. Y estaban ocurriendo cosas excepcionales: cosas importantes de verdad. Sabía que allí, en las penumbras del círculo formado por los hombres, se hablaría de ese tipo de cosas que nunca se trataban en presencia de mujeres y niños.

Cosas de hombres.

—¡Cállate! —susurró Baladar. No solo era muy consciente de que si los pillaban escondidos el castigo sería en extremo severo. No. Baladar sabía, además, cosas de la Entraña.

¡La Entraña!

Existía, en los lindes más occidentales de la cuaderna de Entre-ríos, un grupúsculo rocoso que la tierra había vomitado a la superficie en los tiempos de la formación del mundo. Los animales no se acercaban, los pájaros no lo sobrevolaban, e incluso las plantas parecían reacias a crecer en sus proximidades. La tierra, por lo tanto, era gris y polvorienta, e incluso a cierta distancia los árboles que se atrevían a irrumpir en el suelo duro y pedregoso lo hacían con esfuerzo. Los troncos retorcidos eran pródigos en ramas nudosas y negruzcas, como si clamasen, implorantes, misericordia al cielo.

Las rocas que formaban la aberración natural que emergía de la tierra como un diente putrefacto eran de un gris oscuro y macilento, y parecían absorber toda la humedad del ambiente, avariciosas, egoístas. Exhibían por eso un aspecto limpio, húmedo, colmado de un musgo negro que los antiguos habitantes de la zona, en tiempos, dieron en llamar *lammaka-tat*, o hierba muerta. No era buena para nada, ni siquiera para forrar el interior de las casas, porque se desmenuzaba apenas la sacaban de la zona y se convertía en un polvo grisáceo y estéril similar a las cenizas del hogar. Ese musgo crecía brillante

en cada grieta y oquedad, negro como la noche, y tenía un ligero olor a sal marina.

Vista desde la distancia, la Entraña se asemejaba más a un racimo de colmillos deformes provistos de protuberancias anómalas. Estas los hacían inclinarse hacia un lado, despuntando en una planicie colmada de suaves colinas. El contraste era suficiente para hacer pensar a cualquiera que la Entraña no era una formación natural, pero lo era, al menos por lo que cualquier anciano podía decir. Su historia se había perdido para siempre en la oscuridad de los tiempos, y tan solo unos pocos relatos tenebrosos persistían en la tradición oral, la cual muy pocas familias conocían.

La Entraña era única en su naturaleza. No había rocas como aquellas en toda la región, ni tan feas ni tan duras; ningún pico forjado por el hombre podía mellarlas como no fuera tras numerosas horas de intenso trabajo. Era aún más dura que la roca madre de las montañas más grandes con las raíces más profundas.

El centro de aquel racimo abyecto ocultaba un oscuro secreto: una boca espantosa que se adentraba en el suelo como las raíces de un árbol milenario. Describía una especie de torbellino hueco entre la roca y se bifurcaba en mil ramales angostos, abajo, siempre hacia abajo. Ningún hombre había podido alcanzar jamás sus más recónditas profundidades, porque el descenso, llegado a cierto punto, resultaba del todo imposible. Los impresionantes túneles verticales no podían ser escalados, y no había vegetación suficiente en toda la zona para fabricar cuerdas lo bastante largas como para permitir el descenso.

La Entraña era el lugar del que nadie hablaba. Nunca. En ninguna parte.

Baladar la conocía, por cierto, porque había escuchado a su padre contar historias sobre ella, sobre todo cuando fuera estaba oscuro y hacía frío y la familia se juntaba para recibir el calor del hogar, cubiertos con mantas de lana que las mujeres tejían con agujas de hueso. Cuando hacía frío de verdad, a los niños se les permitía tomar una medida de cerveza para calentar el estómago, sobre todo después de la última comida del día, y el padre llenaba su vaso de madera y abusaba un poco de su sabor. Entonces su nariz y sus mejillas se ponían rojas, sus ojos se volvían pequeños y se encendían con brillos inusuales, y de su mirada soñadora y concentrada salían las historias más fascinantes, como la de la Entraña. Baladar disfrutaba como nunca esas

noches, porque por lo general su padre era un hombre poco dado a las historias.

—Ese lugar... —susurró aquella noche—... existe aquí y allí a la vez. Está hecho del mismo material con el que se engendran los demonios, y ese material no sigue las mismas reglas que todo lo demás. Y eso te cambia. Vaya si te cambia. Te abre como si fueras un cordero y te saca todos los males que llevas dentro. Si eres bueno, te vuelves terrible. Si eres malo... Ah, si tienes un corazón negro... entonces... estás perdido.

—¿Tú has estado allí, padre? —preguntó Baladar con prudencia. Sabía que una pregunta incómoda podría hacer que su padre los mandara al camastro.

Pero Miles no contestó. Sus ojos estaban vueltos hacia recuerdos íntimos y antiguos que prefería no revolver demasiado.

Para sorpresa de Baladar, aquella noche de Asamblea, en presencia de todos, Miles comenzó a hablar de la Entraña otra vez.

—No puedo negar —dijo mirándose las manos. La voz que hacía solo unos instantes era poderosa y encarnaba la jefatura de la aldea se había escurrido hasta convertirse en una sombra cuajada de prudencia— que la presencia de ese lugar ha estado creciendo en las últimas décadas. Antes tenías que ir a Laguna Roja para sentirlo, hostil contra la piel y el corazón. Ahora basta con acercarse a Cercenada para sentir casi lo mismo. Ha crecido, sí, y mucho. Y admito que... —balbuceó—... podría ser incluso la causa de nuestras desgracias.

Un clamor apagado recorrió las gargantas de los hombres. Los ojos de un blanco luminoso se buscaban unos a otros, compartiendo su perplejidad.

—¿Estás admitiendo que...?

En ese momento, la puerta del Gran Salón se abrió con estrépito. Las maderas golpearon la pared de piedra produciendo un sonido inesperado que hizo que Baladar y Maradian saltaran un palmo bajo la mesa. El viento frío de la noche hizo estremecer las velas encendidas, y varios hombres dieron un disimulado respingo.

—¡Por la cosecha! —exclamó Miles Steur cuando se volvió para mirar. Era Moneke Gaard, plantado en el umbral, con el rostro desencajado y los brazos extendidos y rígidos como los de un cadáver. El rigor de sus facciones no ayudaba a disimular esa impresión. Mantenía las hojas de la puerta doble abiertas, dejando entrar el viento nocturno, que se

arremolinaba a su alrededor haciendo tremolar su cabello del color del centeno viejo—. ¡Moneke Gaard, no solo llegas tarde, sino que irrumpes en la Asamblea helando nuestra piel y nuestros corazones!

Moneke no dijo nada. Su expresión era tan funesta que los hombres supieron en el acto que había pasado algo.

—¡He visto a mi mujer! —dijo.

Y se desmayó.

III

La vida en Entrerríos era difícil. Casi todos los años se registraba algún muerto, y no siempre eran ancianos. A veces, hasta los más jóvenes caían por mor de los procelosos senderos del destino de los hombres mortales. La mujer de Moneke Gaard había sido llamada hacía solo dos estaciones, a principios de la temporada estival, tras una larga serie de episodios de caídas y acusadas recaídas por alergias terribles que habían levantado ampollas y llagas en su piel. Cuando falleció, su rostro era una desagradable máscara de grietas y eccemas supurantes que el viejo Moneke cubrió con un velo, acto contrario a las costumbres de enterramiento de toda la región.

Aldreda Gaard fue enterrada en Dosaguas, y fue recordada cada noche durante las tres semanas de duelo pertinentes, mas no allí, sino en el campo de flores, junto al bosque.

Cuando Moneke anunció que había visto a su mujer, algunos de los hombres sintieron que un cuchillo frío y afilado atravesaba sus corazones templados por las penurias y la dura vida en la aldea. Acelin Gaard escupió un esputo de disgusto contra el suelo embaldosado, y Miles Steur levantó una ceja.

—¡Se ha vuelto loco! —graznó Acelin.

—¡Cogedlo, no lo dejéis en el umbral! —dijo alguien. Varios de los hombres se precipitaron a levantar el cuerpo y colocarlo sobre una de las mesas, que por pura casualidad fue la misma bajo la cual Maradian y Baladar se escondían sobrecogidos por el transcurso de los acontecimientos. Las copas de madera rodaron y cayeron al suelo produciendo un sonido cómico.

—¡Agua! —bramó Wáriner Venorian—. ¡Despertad a este inútil y traedlo de vuelta!

Desde su escondite, Maradian vio pasos presurosos discurrir por el salón. Alguien trajo un cubo con varias medidas de agua. El sonido de esta golpeando el rostro de Moneke fue inequívoco. Tan pronto recuperó la consciencia, su vieja voz quebrada resonó con fuerza en el salón.

—¡He visto a mi mujer! —bramó.

—¡No digas tonterías! —protestó el viejo Acelin de inmediato—. ¡Mi hija pasó hace dos estaciones!

—¡La he visto, perjuro! —insistió Moneke.

—¿Dónde la has visto? —preguntó Miles Steur, ceñudo. Su voz aún denotaba prudencia.

—Detrás de la casa... —susurró Moneke—. Donde preparo las redes para la pesca, entre los aperos.

—¿Y qué hacías allí en noche de Asamblea? —preguntó alguien. Moneke sacudió la cabeza.

—¡Hace mucho que no presto atención a vuestras estúpidas asambleas! —exclamó—. ¡Y nadie se ha dado cuenta hasta hoy!

—Está bien —dijo Miles—. ¿Estás seguro de que era tu mujer? ¿Cómo sabes que no era alguna de las otras mujeres?

Moneke lo miró como si se hubiera vuelto loco.

—¿Con esta noche, a estas horas? Dime qué mujer de la aldea trastearía detrás de mi casa cuando hay Asamblea. ¡Y te digo más, Miles Steur: reconocería las heridas del rostro de mi mujer aunque las escondierais bajo tres capas de cera de abeja!

El comentario hizo que los hombres intercambiaran, otra vez, miradas de asombro. Moneke Gaard tenía razón. Ninguna mujer deambularía en mitad de la noche por las calles, y mucho menos, cerca del cuchitril de Moneke, dos estaciones falto de hembra.

—¿Cómo puede ser? —graznó Gillot Boeke—. ¿Estás diciendo que reconociste a tu mujer?

—¡Tan claramente como veo los granos de tu nariz!

Los hombres empezaron a hablar unos con otros. Algunos asentían, otros negaban con la cabeza. Alguno se llevó la mano al cinto donde colgaban los cuchillos.

—¡Calma, calma! —gritaba Miles.

—¡Te lo dije, Miles Steur! ¡No se habla de la Entraña en una noche como esta! ¡Ya tenemos aquí la primera desgracia!

Miles dejó caer el puño sobre la mesa. El único vaso que aún quedaba sobre ella se precipitó al vacío, como si quisiera huir de su cólera.

—¡Dejad de comportaros como hembras! —bramó Miles—. ¡Sin duda hay una explicación para este desconcierto!

—¡La mujer de Moneke ha vuelto de la tumba! —exclamó una voz.

—¡Se acostó en el bosque con Beletriz y ahora ha vuelto para vengarse! —dijo otro.

—¡Basta, BASTA! —gritó Miles—. ¡Tres docenas de huevos entregarás al almacén común, además de media hogaza, Ingvar Hylas!

Miles Steur estaba encolerizado. Las cosas estaban bastante mal como para que uno de los desvaríos de Moneke interrumpiera los importantes asuntos que los habían llevado allí esa noche. Sacudiendo la cabeza mientras los hombres se entregaban a mil fantasías y desvaríos enredados en telas fantasmales y manos sepulcrales cubiertas de sangre, resolvió llevar a los hombres al lugar donde Moneke decía haber visto a su esposa.

—Coged antorchas y cerrad vuestras pieles —dijo—. Iremos allí y veremos qué hay de verdad en todo esto.

Debajo de la mesa, Maradian miraba con verdadera estupefacción a su compañero de correrías.

—¡Un fantasma! —susurró.

—No seas tonto —respondió Baladar. Pensó durante unos segundos y añadió—: Como mucho, un resucitado.

IV

La comitiva de treinta y seis hombres adultos, casi todos ellos fornidos y de espaldas anchas, marchó por el linde más septentrional de la empalizada hacia el lugar de Moneke. Esta era una maltrecha cabaña construida casi toda con madera, mil veces parcheada con el devenir de los años y la herencia padre-hijo, cada vez con menos fortuna y gracia que la anterior. La estructura principal, que venía de tiempos de los Antiguos, más dura y recia que cualquier cosa que pudiera encontrarse en la naturaleza, asomaba sin orden ni concierto entre paredes levantadas con posterioridad a medida que las necesidades de la familia crecían. Si por occidente la cabaña parecía más bien un barco, por oriente se percibía como un granero ideado por un demente. En el tejado, restos de las formas imposibles de la construcción original despuntaban contra el cielo como los huesos de un esternón.

Casi nadie se había dado cuenta, pero aquella zona estaba ya afectada por lo que quiera que creciese en el subsuelo de la aldea. Miles habría podido decir que los árboles de aquella zona solían ser altivos y orgullosos, decorados con saludables tonos verdes y pardos, sus ramas extendidas para dar cobijo a mil y un nidos de pajarillos, y que los arbustos crecían desmañados pero lozanos a ambos lados del camino, muchas veces cuajados de frutos silvestres, como moras negras y rojas. Ahora, sin embargo, las hierbas eran ralas y se arrastraban como tímidas, amargadas, lánguidas y decadentes, las antiguas y saludables raíces ennegrecidas y enmarañadas unas con otras, dándole un aspecto abandonado al sendero.

Allí, al final, despuntaba la construcción de Moneke, que tras el verano presentaba un aspecto deslustrado y tosco.

Miles se volvió para mirar a Moneke, que observaba a uno y otro lado como si esperase encontrar aún a su mujer.

—¿Dónde dices que la viste, Moneke?

Este fue muy raudo en señalar con un dedo huesudo.

—¡Allí, os lo digo, allí mismo, junto a las redes!

Los hombres dirigieron sus antorchas hacia ese lugar, expectantes. Miles los miró durante un breve instante, seguro de que encontraría prudencia asomada en sus ojos; pero no solo encontró prudencia, sino también miedo, y chasqueó la lengua en señal de disgusto.

Con paso presuroso, se acercó a las redes dispuestas en un batiburrillo inextricable y miró a su alrededor. Los hombres se aproximaron con cautela.

—Bien. No veo que haya nadie.

—Y, sin embargo, alguien ha estado por aquí no hace mucho —dijo entonces Wáriner Venorian—. ¡Mirad, en el suelo!

Las antorchas iluminaron la arena. Allí se distinguían, muy a las claras, las huellas definidas y precisas de unos pies descalzos. Pies pequeños. Como de mujer.

—¡Por las barbas de mis antepasados! —bramó alguien.

—¡Que las almas abandonen nuestros cuerpos! —dijo alguien más.

—¡Silencio, SILENCIO! —gritó Miles. Pero lo cierto es que las huellas eran inequívocas. Más las miraba, más seguro estaba de que se trataba de pies descalzos. Y ninguno de los hombres, mujeres o niños, iban nunca descalzos por el bosque como no fuera cerca del río y con temperaturas más amables.

—Con este viento, diría que esas huellas no tienen ni un par de horas, Miles —susurró Wáriner acercándose a su oído.

—Cien mil medidas de sal te sean dadas, Wáriner. Tienes razón.

—¿Lo veis? —bramaba Moneke, entre excitado y asustado— ¡Os lo dije! ¡Es mi mujer, que ha vuelto a por mí!

—Mi hija no hubiera vuelto a por ti ni cuando estaba viva, estúpido —exclamó Acelin.

Otra vez se entregaron los hombres a exclamaciones contaminadas de estupor y miedo.

—¿Qué es esto? —quiso saber Wáriner.

—No lo sé —dijo Miles, ahora un tanto enfadado—. Que hubo aquí una mujer esta noche parece cosa cierta, pero si en verdad se trataba de la mujer de Moneke, a la que todos enterramos hace dos estaciones, ¡eso habría que verlo!

—Aun así...

—Aun así, ¡buscad! Buscad alrededor. Veamos adónde conducen estas huellas, y de dónde vienen, al menos. Y si podemos encontrar a la mujer de Moneke, viva o muerta, o a alguna otra, ¡hagámoslo sin miedo en los corazones!

Los hombres buscaron sin descanso durante casi toda la noche. Aunque hubieran dado algo por ayudar, los niños permanecieron ocultos; por una parte porque no les estaba permitido andar trasteando por allí. Nadie debía saber que estaban despiertos e intrigando. Por otro lado, porque la historia del fantasma y el nerviosismo de los hombres habían conseguido penetrar más allá de su curiosidad e instalar el miedo en ellos, y quedarse en su escondite con los ojos centelleantes de adrenalina y las manos y los brazos heridos por las muchas ramas no les parecía tan mala idea.

Aldreda Gaard no apareció, por cierto, pero las huellas estaban y conformaban un camino sinuoso alrededor de la desmañada cabaña de Moneke. Iban, venían, a veces se perdían cerca de la puerta y volvían a aparecer junto al pozo. Encontraron sus pisadas erráticas y zigzagueantes viniendo por el camino desde Dosaguas, como si acabase de abandonar la tumba donde fue confinada, y encontraron sus pisadas de vuelta, alejándose de la cabaña, tomando el camino de Cercenada y dirigiéndose hacia el Saucejo. Ningún hombre habría ido por ese camino de noche al amor de unas antorchas que amenazaban ya con extinguirse, pero Miles quería resolver el asunto antes del

amanecer, antes, por cierto, de que el viento disipara las huellas en la arena y la hierba, y así lo hicieron. Las pisadas, sin embargo, llegaban mucho más allá. Después de dos horas de marcha, averiguaron que se internaban por el camino rocoso hacia las cumbres, donde nadie que no tuviera el olfato de un perro joven podría seguirlos.

Wáriner estaba ceñudo y preocupado.

—A las cumbres —dijo.

Miles asintió.

—Sabes lo que hay más allá —continuó diciendo Wáriner.

—Sí —respondió Miles tajante—. ¡Sí que lo sé, todo el mundo lo sabe!

Wáriner asintió despacio, su bigote se estremeció, y se disculpó diciendo que hacía frío.

Lo que había tras las tortuosas, picudas y peligrosas cumbres era el Llano. Y tras el Llano, una extensión de terreno traicionero y baldío colmado de arenas movedizas y criaturas infames, hambrientas que daban paso a las Ruinas de los Antiguos. Y tras las ruinas, la tierra expulsaba la formación que se agazapaba ahora en el margen del miedo presente en todos: la Entraña.

Pero aún quedaba un asunto que esclarecer. Después del pequeño trajín hacia el norte, Miles quería comprobar también si el cuerpo sepulto de Aldreda Gaard continuaba aún allí. Las pisadas eran una cosa, desde luego, pero encontrar su tumba vacía sería algo mucho más concluyente. Eran dos horas de ida y dos de vuelta, de regreso a la aldea, lo que era bastante tiempo para una noche llena de novedades. Sin embargo, había un par de metomentodos, más excitados que un adulto en su noche de bodas, que no estaban dispuestos a esperar tanto. Maradian Boeke y Baladar Steur hacía rato que habían partido hacia el campo de flores, el lugar donde todo el mundo en Entrerriós depositaba los restos de su gente para que pudieran descansar por toda la eternidad. No allí, precisamente, sino varios miles de pasos hacia el este, en una cañada donde despuntaba una de las muchas construcciones dejadas por los Antiguos, y que por su aspecto imponente y su persistencia a dejarse vencer por el tiempo y los elementos, veneraban y llamaban Dosaguas.

Se trataba de una estructura impresionante, cuya altura desafiaba toda lógica o propósito. Varias columnas de metal oxidado arrancaban desde el suelo hacia el cielo, y la visión era en verdad abrumadora en

cuanto a que parte de la estructura se había fusionado, con el devenir del tiempo, con la roca viva de la montaña. Caía por allí y sobre la estructura un pequeño arroyo que incidía sobre el metal y se dividía en dos, formando velos de agua translúcida. Eso dio nombre al lugar. Durante el día, el sol iluminaba el interior de la construcción a través de la impresionante cubierta semiderruida, atravesando las copas de los árboles que habían encontrado un hogar entre el refugio de su herrumbre, y también cruzando los innumerables agujeros que la mole desgajada y circular que conformaba uno de sus extremos dejaba a la vista.

Cómo habían moldeado el metal los Antiguos para dar forma a tan descomunal despropósito era algo que los habitantes de Entrerrios no podían concebir, pues la mole, que era muchas veces más ancha que toda la aldea y mucho más alta que algunas montañas cercanas, se levantaba del suelo desafiando toda lógica, terminando en una punta como la de un hueso, redondeada y suave, sin marcas de forjado. La admiraban con un temor casi reverencial, pues si algo se sabía de los Antiguos era que, en algún momento, destruyeron todo su fascinante mundo y la mayoría de sus portentosas edificaciones.

Maradian no sabía apenas nada sobre ese pasado, pues las historias de los Antiguos eran escasas aun entre los más ancianos, pero entendía lo suficiente como para imaginar todo tipo de cuentos y leyendas que cabalgaban a lomos de los misteriosos artefactos, restos y vestigios que podían verse en Dosaguas. Cuando accedía al interior por la entrada principal, ubicada en el centro, su cabeza estaba presta a confabular y tejer imágenes inventadas sobre cómo pudo haber sido la vida allí antaño. A los Antiguos los imaginaba como seres altos, muy agraciados físicamente (como las hembras de los Steur o incluso más) y grandilocuentes en sus gestos y maneras. Los imaginaba yendo y viniendo por los corredores, ocupados en tareas inimaginables, rodeados de magia; la magia hacía ondear sus ropajes y tremolar sus cabellos largos y dorados. Y también los imaginaba flotando sobre el suelo, a poca distancia, porque en Dosaguas había lugares a los que no se podía llegar de ningún modo que no fuera volando, y escaleras que no llevaban a ninguna parte.

Dosaguas estaba, sobre todo, oscura. Los únicos rayos de sol que se filtraban a través de mil pequeños agujeros y aberturas practicadas por el tiempo en sus flancos arrojaban una luz lóbrega y fantasmal. Muchas de las cámaras ubicadas en los laterales de la entrada quedaban por tanto a oscuras, y las bocas de puertas estrechas y algo circulares,

construidas por entero de metal, parecían espiar en silencio todos sus movimientos.

A pesar de esa oscuridad, o precisamente debido a ella, ahora admiraban la construcción con esa sensación que se instalaba en sus estómagos y les hacía abrir mucho la boca. Sus estructuras aún sostenían gran parte de la construcción, y en el interior permanecían vigas y mamparos allí donde los bastos contrafuertes seguían intactos. La nave central, de una extensión descabellada, estaba oculta bajo varias capas de barro y raíces. Muchos de los anexos laterales no habían tenido la misma suerte, y se encontraban sumergidos en un compacto mar marrón; tan solo una parte de ellos, recorridos por estrías de metal y enormes tubos, se dejaba percibir entre la mugre. Las secciones adosadas dividían la nave en numerosos tramos, y se prolongaba por un transepto sobresaliente cuya estructura había desaparecido en simbiosis con la montaña. Allí, la tierra descendía desde el punto más alto hasta llegar al centro, donde descansaban los difuntos de la aldea.

Esa noche no hubo tiempo para buscar tesoros ni para admirar las configuraciones imposibles de hierro y barro; Maradian entró tras Baladar y se dirigieron directos hacia el lugar de descanso, cruzando la nave principal y evitando el suelo más inclinado. El lugar presentaba, sobre las grandes arcadas consumidas por hiedras y enredaderas que trepaban subrepticamente por las secciones laterales, un nivel superior que durante el día iluminaba, de forma mágica, la sección principal. Ahora, en cambio, recogidas por los velos lúgubres de la noche, las sombras descendían amenazadoras, serpenteando por las vigas, cazándolos desde las esquinas silenciosas que tenían a sus espaldas.

Maradian aceleró el paso al sentirse acechado. Eso hizo que Baladar tropezara con los restos de hierro entretejidos con las raíces, cayendo al suelo con un sonoro quejido.

—¿Se puede saber por qué me has empujado? —preguntó enfadado mientras se incorporaba inspeccionando las posibles heridas que podrían delatarlos.

—Lo siento —gimoteó Maradian arrepentido y sintiéndose algo tonto. Le tendió la mano para ayudarlo a levantarse.

Baladar se examinó las piernas con creciente nerviosismo. Su padre le había advertido que si se cortaba allí dentro con uno de los metales oxidados, aunque fuera superficialmente, sufriría una enfermedad mortal que sería el corolario de una mutilación progresiva de todos y cada uno de

sus miembros. Semejante idea, la de la mutilación, le producía un terror aún mayor que el de la posible presencia de monstruos escondidos entre las penumbras.

—Espera —exclamó Baladar al divisar, de pronto, algo relevante—. ¡Aquí hay pisadas!

Maradian se inclinó para mirar, pero se quedó petrificado en su sitio cuando percibió movimiento en algún punto a su derecha. Su cuerpo empezó a temblar sin control, y para cuando quiso darse cuenta, ya estaba huyendo en dirección contraria, arrancando ecos cavernosos de los altísimos techos. A pesar de eso, Baladar tardó todavía unos pocos segundos en percatarse que su compañero se desvanecía tras las sombras de la entrada. Se quedó mirando cómo desaparecía, incapaz siquiera de soltar el aliento. No daba crédito a lo que estaba pasando. ¿Maradian estaba huyendo? Habían pasado allí muchísimo tiempo: en las mañanas claras, en las tardes grises e incluso en las noches oscuras, y nunca el ánimo había temblado ante los crujidos de la herrumbre en las oquedades frías de las cámaras inertes, ni siquiera cuando algún sonido inesperado los sobresaltaba unos instantes para dejarlos luego entregados a una risa nerviosa. Entonces, ¿qué lo había asustado tanto?

Con una gota de sudor resbalando por la sien, Baladar se volvió prestando atención a todo lo que lo rodeaba.

La oscuridad era allí casi total. Tanto él como Maradian tenían muy buena visión nocturna, ampliamente entrenada durante diez mil peripecias y correrías cuando se suponía que estaban durmiendo, pero la sección que se desplegaba ante él parecía pintada de negro. No se podía distinguir nada, o casi nada, como no fueran unos volúmenes difusos en el margen de las cosas cuando no se las miraba directamente.

Y allí, precisamente, como arrastrándose de una de las sombras a otra, le pareció distinguir movimiento.

Baladar tragó saliva. El pecho le ardía, como si hubiera tomado un poco de aguardiente de los sótanos de su casa.

PIC.

Un pequeño sonido se dejó oír en la sala. Baladar sintió como sus testículos se apresuraban a replegarse contra su cuerpo.

PIC.

El movimiento se repitió de nuevo. Era inequívoco, y arrastraba, o eso le parecía, una brisa fría que consiguió helarle los huesos bajo la carne.

Pero no se movió.

Baladar retrocedió un par de pasos, incapaz de reaccionar. Sin querer, se descubrió poseído por un sentimiento casi eléctrico de miedo y nervios. Pensó en Aldreda, envuelta todavía con el sudario ceremonial tejido en hilo y seda, sucio y raído de la tumba, dejando pequeñas huellas en el suelo cubierto de barro y polvo, arrastrándose por los pisos superiores de las criptas donde todos sus ancestros recibían descanso eterno, y ese pensamiento lo apresó y lo dejó congelado en el sitio.

Y Aldreda avanzó por la sala, esquivando y casi volátil, más etérea que corpórea, a pesar de que Baladar pudo ver sus manos grises y retorcidas, los dedos rotos y desgarrados de haber arañado la dura lápida de su tumba, las piernas delgadas y desnudas tambaleantes como si fuera a caerse, la cara cubierta por el velo supurante de licores vitales, resacos y pestilentes, que teñían la tela de un tono ocre e inmundado.

Baladar tuvo suficiente. Dando un grito tan desgarrador como estridente, se dio la vuelta torpemente, y casi se las compuso para no tropezar, pero el miedo atenazaba sus piernas y cayó de bruces contra el suelo. Cuando se volvió, con los ojos desorbitados y el corazón palpitante en el pecho, contempló con horror que Aldreda ya no estaba allí donde acababa de verla. En lugar de eso, la sala lo observó impassible, revestida de todos sus secretos, y las sombras tremolaban en silencio como toda respuesta.

Baladar se incorporó torpemente; miraba en todas direcciones, buscando a la resucitada. ¡No saber dónde estaba era aún peor que tenerla a la vista! Eso fue demasiado para el muchacho. Sin querer siquiera saber si la sensación de que la tenía detrás era cierta o no, el muchacho se levantó de un salto y, con los ojos medio cerrados, echó a correr detrás de su amigo.

No tardó mucho en alcanzarlo, por cierto. De los dos, Baladar era el más veloz, pero ninguno aminoró el paso ni intercambiaron palabra alguna; siguieron corriendo hasta llegar cada uno a su casa.

Los ecos de vida se fueron apagando poco a poco en Dosaguas, para dejar paso a otro tipo de sonidos más lúgubres. La noche regresó para reinar majestuosa. Las sombras volvieron a su cauce para seguir bailando con un apacible vaivén; el agua recorriendo las piedras de la fachada fue el susurro que gobernó sobre cualquier otro, incluidos los que se habían apoderado del lugar desde hacía un par de noches: pasos opacos, menos rítmicos, quejidos sordos, sin rumbo.